**MicroTeatro de Jorge Alberto G. Fernández**

Obras:

* **Amo a Chéjov**
* **Caballo de Troya**
* **Hasta que la vida nos separe**
* **Y la verdad nos hará libres**

**Amo a Chéjov**

Personajes: **Isabel y Felipe**

*Cámara negra decorada con pinturas a modo de galería de arte. Se abre una puerta y entra corriendo Isabel. Está muy agitada. Suda. Luego de asegurarse de que nadie la ve, intenta mirar afuera. Saca un pañuelo y se seca el sudor. Se compone el aspecto. De una habitación interior sale Felipe.*

**Felipe.** Lo lamento, pero estamos cerrados.

**Isabel.** Sí, me di cuenta, por eso ya me iba.

**Felipe.** Vuelva en media hora, cuando estemos abiertos.

**Isabel.** Claro… claro. Mil disculpas.

*Se vuelve y avanza hacia la puerta. Se le nota muy tensa. La detiene la voz de Felipe.*

**Felipe.** Lo siento, lo siento. A veces soy un grosero. No es su culpa que no hayamos cerrado bien la puerta. No se vaya. Puede quedarse y mirar. Y si quiere comprar, pues qué mejor.

**Isabel.** (*Aliviada*.) Gracias, qué amable.

*Se quedan viendo durante unos segundos. Se produce entre ambos un silencio incómodo que es roto por Felipe.*

**Felipe.** Bueno, la dejo sola para que pueda mirar en paz.

*Isabel no responde, sólo sonríe tímidamente. Felipe abandona la habitación mientras ella finge que observa las pinturas que cuelgan de las paredes. En cuanto Felipe desaparece, Isabel se asegura de estar sola y se acerca nuevamente a la puerta. Trata de ver hacia afuera. Hurga en su bolso y con mucho sigilo saca de este una pistola, la revisa para ver si está lista y funcional y la vuelve a meter en el bolso. Continúa viendo las pinturas. Una particularmente abstracta parece llamar su atención. Felipe entra en silencio y la observa durante un rato.*

**Felipe.**¿Le gusta? (*Isabel da un respingo y mete la mano en la cartera, pero al ver a Felipe se tranquiliza. Ambos ríen*.) Perdón, perdón, perdón, no era mi intención asustarla.

**Isabel.**(*Sacando la mano de la cartera*.) Tranquilo, me pasa todo el tiempo. Soy muy asustadiza.

**Felipe.** Me pregunto qué fue a sacar de la cartera. Apuesto que un spray de pimienta. (*Ambos ríen*.) ¿Le gustó esa?

**Isabel.** ¿Cómo?

**Felipe.** Esa pintura, ¿le gustó? Veo que la mira con mucho interés.

**Isabel.** Bueno, creo que es todo lo contrario.

**Felipe.** No comprendo.

**Isabel.** Que la miro, no porque me haya gustado, sino al contrario.

**Felipe.** O sea, que la mira porque no le gusta. ¿Cómo es eso?

**Isabel.** Tengo un problema con el arte abstracto. Tal vez usted me lo pueda explicar.

**Felipe.** A ver…

**Isabel.** La cosa es que yo veo un cuadro con un paisaje, un rostro… algo que yo pueda reconocer y me siento tranquila, lo entiendo. Es lo que es. Pero cuando veo un cuadro lleno de manchas o figuras geométricas que no reflejan nada en particular, me genera mucha inquietud. Inmediatamente procuro hallar patrones, descubrir rostros o figuras… Eso es lo que trataba de hacer con este. Creo que nunca compraría uno así porque perdería mucho tiempo parada frente a él. ¿Me comprende?

**Felipe.** Claro que la entiendo.

**Isabel.** ¿Qué me puede decir?

**Felipe.** ¿Qué quiere que le diga? No soy psicólogo, sólo pintor. Si ese es el efecto que le causan, pues qué se le va a hacer. Hay a quienes sí les gusta el arte abstracto y jamás comprarían un cuadro figurativo. Sólo es cuestión de gusto. Hay a quienes gustan de la fresa y quienes prefieren el chocolate.

**Isabel.** Creo que tiene razón.

**Felipe.** Es mejor no complicarse tratando de hallarle una explicación lógica a todo.

**Isabel.** ¿Son todos suyos?

**Felipe.** Sí, es mi galería privada. Los pinto, los exhibo y los vendo.

**Isabel.** Y… ¿puedo ser indiscreta?

**Felipe.** Todo lo que quiera.

**Isabel.** ¿Es un pintor famoso? Perdone mi ignorancia.

**Felipe.** No, no lo soy. Si lo fuera no tuviera mi propia galería. Tendría galerías y gente que se ocuparían de vender mis obras y yo sólo me dedicaría a pintar. (*Señalando al lugar por donde antes entró*.) Si lo desea, puedo mostrarle mi estudio.

**Isabel.** Creo que será para una próxima visita. No puedo demorarme mucho.

**Felipe.** Usted no entró aquí para comprar arte, ¿verdad? (*Isabel abre mucho los ojos*.) No se sienta incómoda. Mucha gente pasa y entra sólo a curiosear, o a guarecerse del sol o la lluvia. Ya casi me he vuelto un experto en reconocer a compradores potenciales y a mirones. (*Isabel intenta hablar*.) Perdón, no quise decir algo ofensivo. No tiene nada malo el término mirón. Sólo quiere decir “el que mira”. Los franceses le dicen *Voyeur* (*Ambos ríen*.) ¡Vaya! Hasta que finalmente ríe. ¿Le puedo preguntar su nombre?

**Isabel.** Isabel. (*Felipe vuelve a reír*.) ¿Le causa risa mi nombre?

**Felipe.** No, no es su nombre lo que me hace reír.

**Isabel.** ¿Entonces?

**Felipe.** La coincidencia.

**Isabel.** No me diga que usted también se llama Isabel…

**Felipe.** (*Riendo*.) No, me llamo Felipe.

**Isabel.** Sigo sin entender la gracia.

**Felipe.** No tiene por qué entenderla.

**Isabel.** Pero créame que me gustaría.

**Felipe.** Suelo leer mucho sobre historia de las dinastías de reyes que han llegado hasta nuestros días, ¿comprende? (*Isabel lo mira extrañada*.) ¿Conoce el nombre de la actual reina de Inglaterra?

**Isabel.** (*Lo piensa un poco*.) No me diga que Isabel… ¿No era Sofía?

**Felipe.** No, esa es la reina de España. La de Inglaterra se llama Isabel… Isabel.

**Isabel.** Pero, ¿esa no era la reina de la época de Shakespeare? La época Isabelina le llamaban justamente.

**Felipe.** Esa era Isabel primera. Esta es Isabel segunda.

**Isabel.** ¿Y el que yo me llame como ella le da risa?

**Felipe.** No.

**Isabel.** ¿Entonces?

**Felipe.** Es que su esposo, el duque de Edimburgo, se llama Felipe. (*Sonrojado*.) Isabel y Felipe, ¿comprende?

**Isabel.** Ya, comprendo. (*Mira hacia la puerta con inquietud*.) ¿Puedo pedirle un favor… Felipe?

**Felipe.** ¡Claro!

**Isabel.** ¿Puede regalarme un vaso de agua?

**Felipe.** (*Saliendo de la habitación*.) Por supuesto.

*Isabel corre a la puerta y atisba hacia afuera con la mano en el bolso. Inmediatamente regresa a donde estaba antes. Felipe vuelve con un vaso con agua y se lo da. Ella lo bebe con avidez.*

**Isabel.**(*Devolviéndoselo*.)Gracias.

**Felipe.** Esto es muy raro.

**Isabel.** (*Asustada*.) ¿Qué?

**Felipe.** Ya nadie pide agua. Todo el mundo la compra embotellada y la lleva consigo en la mano o en la cartera. (*Señalando la cartera de Isabel*.) Apostaría que tal vez lleva ahí una botella plástica vacía. (*Isabel se pone muy tensa.*) No se preocupe, no le voy a pedir que me muestre su cartera. Ya sé por experiencia que suelen ser más sorpresivas que sombrero de mago. (*Ríen*.) ¿Está usted bien? Se le ve como tensa.

**Isabel.** Estoy bien. Sólo algo cansada. He caminado mucho. Me gusta caminar cuando tengo tiempo libre.

**Felipe.** ¿Puedo preguntarle a qué se dedica?

**Isabel.** Soy actriz.

**Felipe.** ¡Ándale! ¡Artista también! Le cuento que no veo mucha televisión y voy poco al cine.

**Isabel.** No lo culpo.

**Felipe.** ¿Y será que no se ofende si ahora el indiscreto soy yo?

**Isabel.** No soy famosa. Si no va con frecuencia al teatro, no tiene por qué conocerme. Tampoco salgo en la tele y menos en los programas de farándula, así que no soy famosa.

**Felipe.** ¡Ah, es actriz de teatro! ¡Adoro el teatro!

**Isabel.** Pero déjeme adivinar: no tiene tiempo de ir.

**Felipe.** ¿Cómo sabe?

**Isabel.** Es la historia que más escucho en la vida. A todo el mundo le encanta el teatro, pero siempre hay algo que les impide ir: el tiempo, la economía…

**Felipe.** (*Con sorna*.) Mmmm, parece que hay un tema con eso por ahí.

**Isabel.** Sí que lo hay. Al punto de que ya he decidido no invitar a nadie más y que la gente se entere por los medios y que vayan si quiere.

**Felipe.** Ya veo. ¿Y está presentando algo ahora? Le prometo que si me invita, voy.

**Isabel.** Ahora no tengo nada en cartelera, pero le prometo que cuando estrene algo, vendré a invitarlo personalmente.

**Felipe.** (*Le extiende la mano*.) ¡Trato!

**Isabel.** Ahora debo irme.

**Felipe.** Espere. (*Mete la mano en uno de sus bolsillos, saca una tarjeta y se la da*.) Tome. Me gustaría volver a verla. No se asuste. No voy a pedirle matrimonio. Tal vez podamos ser amigos… Digo, ambos somos artistas…

**Isabel.** (*Sonríe condescendientemente*.) Por supuesto.

**Felipe.** Algo más, antes de que se vaya. Siempre que conozco a alguien que considero especial, le pregunto si lee… ¿Usted lee? (*Isabel asiente.*) ¿Me puede decir quién es su autor favorito? ¿Alguna lectura que me recomiende?

**Isabel.** (*Extrañada pero complacida*.) Amo a Chejov, Antón Chejov.

*Felipe la mira sonriente. Isabel se vuelve hacia la puerta. Antes de salir mete la mano en la cartera. Se vuelve, lo mira una vez más, sonríe y sale. Felipe no para de sonrojarse. Se vuelve y se queda mirando durante un rato el cuadro que antes mirara Isabel. Se escucha el sonido de varios disparos que vienen de afuera. Felipe se sobresalta y corre a la puerta, desaparece por ella. Se escucha su voz en off.*

**Felipe.** (*En off*.) ¡Isabel! ¡¡Isabel!! ¡¡¡Isabel!!!

**Apagón.**

**Caballo de Troya**

Personajes:

**Enrique,** hombre de más de 40 años y **Samuel**, joven de menos de 30.

*Un parque de la ciudad. De noche. Un cuerpo tendido. Se pueden escuchar gemidos de dolor. Alguien se acerca hablando por un celular.*

**Enrique.** (*En off*.) No tienes de qué preocuparte. Ya estoy a pasos de mi casa… (*Entra a escena y escucha los gemidos. Ve el cuerpo*.) Te voy a cerrar. Hablamos luego. Besos. Descansa. (*Se le acerca con cautela. Se inclina para verlo mejor. Mira a todos lados. Lo mueve para ver si reacciona.*) Hey, Señor… Señor…

*El otro sigue quejándose pero aún no vuelve en sí. Enrique le hurga los bolsillos. Le saca la billetera. Lee su cédula y la devuelve a su lugar. Toma su celular y marca un número breve. Se escucha en off el sonido del timbre y la respuesta no tarda.*

**Voz en Off.** Novecientos once, ¿cuál es su emergencia?

**Enrique.** Acabo de encontrar a una persona desmayada a metros de…

**Samuel.** (*Volviendo en sí y tomando a Enrique de un brazo*.) No los llame. Voy a estar bien.

**Enrique.** ¿Seguro? (*Samuel asiente*.) Perdón señorita, no ha sido nada. (*Cierra la llamada*.) ¿Cómo se siente? Estaba inconsciente y se quejaba.

**Samuel.** ¿Esa es mi cartera?

**Enrique.** Sí, pero yo no le estaba robando. Sólo la tomé para…

**Samuel.** Lo sé. Gracias por detenerse a ayudarme.

**Enrique.** No hay de qué. Aquí la tiene. Revise a ver si le falta algo.

**Samuel.** (*Revisándola*.) Está todo… Y no la estoy revisando por usted, sino porque alguien puede haber pasado antes… ¿Qué hora es? ¿Qué tiempo llevo aquí?

**Enrique.** No lo sé. Yo acabo de llegar.

**Samuel.** (*Sacando su celular de un bolsillo y viendo la hora en él*.) ¡Mierda!

**Enrique.** ¿Qué le pasó?

**Samuel.** Nada, olvídelo.

**Enrique.** ¿Le falta algo? ¿Le robaron?

**Samuel.** No, todo está bien. No se preocupe. Sólo perdí mi bus.

**Enrique.** ¿Y qué le sucedió? ¿Se desmayó? ¿Lo golpearon? (*Samuel se lleva la mano al cuello y tira de un cordón que cuelga de este. De debajo de la ropa saca un documento plastificado y se lo muestra. Enrique lo lee por unos segundos y se lo devuelve.*) Comprendo. En su condición no debería andar solo por la calle y menos a estas horas.

**Samuel.** Lo sé, pero prefiero hacer una vida normal. Esto lo llevo al cuello por si las moscas.

**Enrique.** Este sector es peligroso. ¿Qué hacía por aquí? Perdón. Me estoy metiendo en algo que no me incumbe.

**Samuel.** Tranquilo, no pasa nada. Sé dónde estoy y sé bien cómo es este sector y la gente que viene y a lo que viene… Soy de provincia. Vine a un concierto y ya voy de regreso. Estaba haciendo tiempo hasta que saliera mi bus, pero al parecer ya se me fue. Tendré que ir a comprar otro pasaje. ¿Me acompaña? La terminal está…

**Enrique.** Sí, se dónde está. Vivo cerca, pero creo que usted no debería viajar en estas condiciones.

**Samuel.** No pasa nada. Uno se acostumbra. Si me da uno en el bus, mejor, porque estaré sentado. Ya me ha pasado antes. Por eso llevo esto. Siempre hay alguien que sabe qué hacer y si no me ve nadie, pues sólo toca esperar a que se me pase.

**Enrique.** Bueno, al menos descanse un poco y luego lo acompaño.

**Samuel.** Pero usted seguramente tendrá algo que hacer. ¿O sólo está paseando en la noche?

**Enrique.** No. Paso por aquí todo el tiempo.

**Samuel.** ¿Y a qué salió a estas horas? No me diga que a pasear al perro porque si es así ya se le escapó.

*Ambos ríen.*

**Enrique.** No. No tengo perros, sólo gatos, y no salía, sino que llegaba. Yo también fui al concierto.

**Samuel.** (*Mirándolo de arriba abajo*.) Pero usted…

**Enrique.** (*Riéndose*.) Cuidado con lo que va a decir, muchachito…

**Samuel.** Es que es una banda para jo…

**Enrique.** ¿Crees que a los de mi edad no nos puede gustar esa música?

**Samuel.** Tiene razón. Perdón.

**Enrique.** No, usted tiene razón. (*Risas*.) No me gusta. Sólo hice el sacrificio por acompañar a un amigo.

**Samuel.** Seguramente un amigo más joven.

**Enrique.** Sí, más joven, como de tu edad.

**Samuel.** Debe querer mucho a su amigo para acompañarlo a un concierto de una música que no le gusta.

**Enrique.** ¿Qué más da? Lo importante es la compañía.

**Samuel.** Tiene razón. Mire usted. Yo en cambio vine solo.

**Enrique.** Debe gustarle mucho esa banda para venir solo… ¿Desde dónde?

**Samuel.** Uh… desde bien al norte.

**Enrique.** Sí, debe gustarle mucho. (*Samuel se agarra la cabeza con las manos y hace una mueca de dolor*.) ¿Qué le pasa? ¿Le duele?

**Samuel.** Sí. Siempre me pasa.

**Enrique.** ¿Y qué hace? ¿Se toma una pastilla o qué?

**Samuel.** Toca esperar a que se me pase. (*Vuelve a hacer la mueca de dolor. Esta vez acompañada por un gemido.*) Le juro que es como si tuviera dentro de mi cabeza un ejército de soldados con lanzas y flechas y todos estuvieran queriendo salir a la vez.

**Enrique.** Como el Caballo de Troya.

**Samuel.** Así mismo.

**Enrique.** ¿Por qué no se recuesta hasta que le pase?

**Samuel.** El dolor no se alivia con la posición. Sólo hay que dejar que pase. Más bien sígame dando conversación.

**Enrique.** ¿Cómo se llama?

**Samuel.** Se lo digo si no me trata más de usted. Me hace sentir viejo. Más ahora que estoy llegando a los treinta.

**Enrique.** Perdón. Me llamo Enrique, y us… tú?

**Samuel.** Buena palabra se acaba de inventar: “Ustú”. No suena mal. (*Risas*.) ¿Puedo saber qué edad tiene?

**Enrique.** Podrías adivinarla…

**Samuel.** Más de 40… (*Enrique asiente*.) Menos de 50… (*Vuelve a asentir*.) Soy bueno en esto. Si promediamos…

**Enrique.** Está bien, “ustú” ganas: 45.

**Samuel.** ¡Yey!

**Enrique.** ¿Se te ha pasado?

**Samuel.** Le diría que sí, pero no voy a engañarlo. Los soldados siguen golpeando tratando de salir a la fuerza de mi cráneo.

**Enrique.** ¿Sabes qué? Busquemos una farmacia y compremos algo que te alivie. A pocas cuadras hay una con servicio nocturno.

**Samuel.** Tranquilo, no pasa, nada, en una hora ya ni me acordaré. Mejor acompáñeme a comprar otro pasaje. (*A Enrique le suena el celular pero lo ignora*.) ¿No lo va a contestar? (*Enrique niega*.) Mejor responda, no se meta en problemas por… (*Enrique vuelve a negar*.) Bueno, usted sabrá. (*Entre ambos se produce un silencio incómodo que dura unos segundos*.) Ya me duele menos, creo que mejor…

**Enrique.** Pero dijiste que mínimo una hora…

**Samuel.** No quiero seguir incomodándolo.

**Enrique.** No me incomodas. Bueno, sí, un poco, cuando me tratas de usted…

**Samuel.** ¿Y qué tan cerca vives?

**Enrique.** (*Señalando hacia su izquierda*.) ¿Ves esa casa con la luz amarilla?

**Samuel.** ¿Ahí?

**Enrique.** No, esa no es. (*Risas*.) La de al lado, la que está apagada.

**Samuel.** ¿Y vives solo?

**Enrique.** Con mi gatos y… con mi mami.

**Samuel.** ¿Con si mami? ¿A su edad?

**Enrique.** ¿Qué te extraña? Lo más normal en nuestra sociedad…

**Samuel.** (*Rie*.) Cierto es. ¿Y su mami no se preocupa porque aún no llega?

**Enrique.** No.

**Samuel.** ¿Cómo así?

**Enrique.** Ella… no está… consciente. Yo la cuido, pero…

**Samuel.** Oh… Comprendo, comprendo.

*Se vuelve a producir otro silencio incómodo entre ambos, que dura más que el anterior. Al romperlo, ambos procuran hablar al mismo tiempo.*

**Samuel.** Entonces… / **Enrique.** ¿Quieres…? (*Risas*.) ¿Entonces, qué?

**Samuel.** ¿Qué si quiero, qué?

**Enrique.** Tomar algo… (*En referencia a su casa*.) Puedo hacerte un té, un café…

**Samuel.** No bebo nada que tenga cafeína.

**Enrique.** Comprendo…

**Samuel.** ¿Un agüita de viejas?

**Enrique.** Claro. ¿Has probado la de jazmín?

**Samuel.** No, esa no.

**Enrique.** Es relajante. Luego te acompaño a comprar otro pasaje y te embarco. No tengo ni gota de sueño.

**Samuel.** Vale.

**Enrique.** Sígueme.

*Echa a andar delante de Samuel, que se retrasa un segundo. Mira a todos lados. Se saca del cuello el cordón con el documento plastificado y lo deja caer al suelo. Sigue a Enrique mirando todo el tiempo hacia atrás. Ambos salen de escena quedando sólo el documento en el suelo. A los pocos segundos entra un sujeto vestido de oscuro y encapuchado. Recoge el documento y va tras ellos siguiéndoles. Sale de escena por donde mismo salieron los otros antes.*

**Apagón.**

**Hasta que la vida nos separe**

Personajes:

**Amanda y Armando,** una pareja entrando a la edad madura

*Sala comedor de un departamento de clase media. El aspecto es vetusto, abandonado. Hay polvo sobre los muebles y en un florero el agua se ha secado y las flores están muertas desde hace mucho tiempo. Se escucha el sonido de una llave entrando y abriendo una cerradura, también el de una puerta que se abre y que se cierra, en off. Entra Amanda sudada, desgreñada y cargada con fundas de supermercado. Es una mujer madura de aspecto muy llamativo, colorido; podría decirse que teatral. Está sobre maquillada. El autor propone que durante todo este inicio se escuche, en segundo plano, el tema del bolero* Nuestro juramento*, del portorriqueño Benito de Jesús, cantado por el dúo cubano Clara y Mario.*

**Amanda.** ¡Armando! ¡¡Armando!! (*Deja las bolsas con las compras en un rincón y por las mismas agarra unas pantuflas, se sienta, se saca los zapatos altos que traía y se calza las pantuflas. No deja de llamar a Armando.*) Típico. Desaparecido cuando más se le necesita. ¡Pedazo de fantasma! (*Recoge las bolsas de las compras y sale de escena para volver enseguida con dos vasos de agua, uno en cada mano.* *Se sienta junto a una mesita en la que tiene un juego de cartas de tarot; bebe ávidamente el agua de uno de los vasos e inmediatamente mira con intensidad al otro, lo alza por encima de su cabeza y mientras lo pone sobre la mesa, pronuncia, ceremoniosamente, como invocando, el mismo nombre de antes*.) ¡¡¡Armando!!!

*Agarra el juego de cartas y empieza a barajarlo. Inmediatamente se produce un parpadeo de luces y un breve apagón. Al volver la iluminación, hay un hombre parado detrás de ella, Armando. Está en pijamas y tiene el rostro muy pálido y ojeroso. Ella no nota su presencia.*

**Armando.** (*Débilmente*.) Hola, mi amor.

**Amanda.** (*Sobrecogiéndose*.) ¡Mierda, Armando, qué susto me has dado! ¿Cuántas veces te voy a pedir que no te me aparezcas así por detrás?

**Armando.** Lo siento, mi amor, no lo hago a propósito.

**Amanda.** No lo hago a propósito… No lo hago a propósito…

**Armando.** Mi amor, ¿vamos a empezar a pelear ya desde tan temprano?

**Amanda.** ¿Dónde estabas?

**Armando.** ¡Aquí, pues! ¿Dónde más podía estar?

**Amanda.** (*Mirándolo de arriba abajo*.) A veces me pregunto qué haces cuándo salgo de casa…

**Armando.** (*Resignado*.) Vamos a empezar otra vez…

**Amanda.** Porque yo siquiera puedo contarte de lo estuve haciendo por la calle, la ida, la vuelta, las compras, el vecino que me topé en la escalera, pero tú…

**Armando.** Ojalá pudiera salir, cariño, y tener cosa que contar. Ojalá mi condición no me tuviera confinado a las cuatro paredes de esta casa…

**Amanda.** Ya, ya, eso lo sé, pero lo que quiero saber es en qué te ocupas dentro de las cuatro paredes de esta casa. En qué pasas tu tiempo. Porque ni siquiera eres capaz de pasar un trapo a los putos muebles.

**Armando.** ¿Qué te diré, Amanda? Deambulo por la casa, miro por las ventanas, me acuesto o me siento a pensar.

**Amanda.** ¿A pensar en qué?

**Armando.** En la vida, Amanda, en la vida.

**Amanda.** Bonito pasatiempo.

**Armando.** ¿Y qué más puedo hacer? El otro día intenté prender la tele para ver las noticias, pero no lo conseguí.

**Amanda.** Es que eres un bueno para nada. Antes, dependías de tu madre; después, te volviste dependiente de mí… Bueno, yo lo permití; asumo toda la culpa, pero ahora que estás… bueno, ahora que estás m…

**Armando.** No lo digas. No seas hiriente. Esta condición no es culpa mía. Yo no la pedí.

**Amanda.** No la pediste, pero te la buscaste. ¿Cuántas veces te lo dije? Aliméntate mejor… Has ejercicios… Deja ya de fumar… Luego pasa lo que pasa y, ¿quién tiene que cargar con el muerto, ah? Amanda.

**Armando.** ¿Sólo eso soy para ti, una carga pesada; un muerto con el que cargar? Entonces, ¿para qué me llamas? Mejor me voy a descansar.

*Echa a andar hacia el interior de la casa, muy despacio, como si no tuviera energías. Amanda va tras él y le da alcance impidiéndole marcharse.*

**Amanda.** Lo siento. Perdóname. Ya sabes como soy. Digo lo primero que me viene a la boca. Quédate aquí. ¿Te pongo la tele?

*Armando asiente, se regresa y se sienta en el sofá mirando hacia la cuarta pared mientras Amanda busca el control, lo apunta hacia el público y acciona el botón de encendido. Enseguida se escucha la charla típica de un programa de farándula. Amanda pone cara de disgusto y cambia de canal una y otra vez pero siempre se sucede el mismo tipo de programa. Finalmente cae en uno que está transmitiendo música clásica y se queda ahí.*

**Amanda.** Basura, basura y más basura… ¿Hasta cuándo, mi Dios del cielo? Es que a esta hora no se puede poner la televisión. Yo le llamo la hora maldita. No hay nada que valga la pena ver. Ni el canal oficial se salva de tanta porquería. Al menos quédate escuchando esto mientras voy a la cocina a calentarme café. Te ofrecería, pero en tu condición ya sabemos que no puedes.

*Sale de escena bajo la mirada de Armando. Se sigue oyendo el canal de música clásica. Armando se vuelve a verlo pero su rostro sólo denota aburrimiento. Se levanta y vas tras Amanda. Como siempre, camina muy despacio. A los pocos segundos de haber salido de escena, se escucha un grito de espanto de Amanda y el de un cristal que cae al suelo y se rompe.*

**Amanda.** (*En off*.) ¡Mierda, Armando, lo volviste a hacer! ¡¡Carajo!! Esta era la última taza que me quedaba del juego que me regaló tu madre. Ya nada. Eres imposible.

*Armando se regresa nuevamente a la sala con su andar despacio y se sienta acongojado en el sofá, protestando consigo mismo más que con ella.*

**Armando.** Yo no pedí esto. Yo no pedí estar así. Si por mí fuera me esfumaba, me desaparecía, me disolvía en el aire y no causaba más problemas, pero esa es otra de las tantas cosas que no puedo hacer por mi cuenta. Hasta para eso dependo de ti. Porquería de existencia.

*Amanda llega despacio por detrás. Viene tomando café en un jarro plástico o de aluminio. Toma el control y apaga la tele.*

**Amanda.** Mejor esperamos a que llegue la hora de las noticias. Ahora no vamos a encontrar nada que valga la pena ver. (*Se sienta junto a él*.) Lo siento. Ya sé que no tienes la culpa. Ya sé que todo esto es cosa mía. Te juro que si tuviera fuerzas te dejaba ir, pero no puedo. No sé estar sola. Soy una egoísta. Sé que te retengo conmigo contra tu voluntad, que nuestro tiempo ya pasó, pero si dejo que te vayas, mi vida perderá sentido. No seré más que un fantasma deambulando por la casa, por la vida… Tu presencia es lo único que da sentido a mi existencia, Armando, aun con tu… condición.

**Armando.** Si al menos hubiésemos tenido un hijo…

**Amanda.** (*Cortante*.) Ya sabes que no creo en la adopción.

**Armando.** Trae a vivir contigo a tu sobrina.

**Amanda.** (*Sarcástica*.) Sí, claro, para que me envenene por quedarse con la casa.

**Armando.** A ti siempre te gustaron los gatos.

**Amanda.** (*Molesta*.) Los gatos sí, Armando, pero la mierda, no.

**Armando.** Se les pone una cajita con arena... Es tan simple como eso.

**Amanda.** (*Exasperada*.) ¿Tan simple como eso? ¿Tan simple como cambiar tu compañía por la de un gato? Te mueres por dejarme, ¿verdad?

**Armando.** Es que esto no es vida, Amanda. Cada cosa tiene su tiempo, su momento…

**Amanda.** Y el nuestro ya caducó, ¿cierto? Es como las medicinas. Cuando llegan a su fecha de caducidad hay que tirarlas a la basura, pero no, uno las deja guardadas en el cajón, tal vez con la esperanza de que…

**Armando.** Tal vez no sea la mejor comparación, pero no deja de ser cierta. Lo que caduca, caduca, y hay que dejarlo ir. De lo contrario, hace daño.

**Amanda.** Y comprar medicina nueva…

**Armando.** Y seguir viviendo, Amanda.

**Amanda.** Cuando nos casamos yo hice un juramento, Armando, no sé si lo recuerdas: “Hasta que la muerte nos separe”, decía. ¿Te suena?

**Armando.** ¡Hasta que la muerte nos separe!Claro que lo recuerdo. Yo también lo hice.¿Y?

**Amanda.** ¿Y qué?

**Armando.** Sí, ¿qué pasó que no lo cumpliste?

**Amanda.** ¿Cómo que no lo cumplí?

**Armando.** ¿Qué se supone que debía pasar cuando llegara ese momento? (*Amanda calla. No puede sostenerle la mirada y baja la vista al suelo*.) Eres una mujer excepcional, Amanda. Los años que viví contigo fueron los mejores de mi vida. Jamás necesitamos hijos, ni parientes, ni mascotas, ni siquiera plantas… Éramos sólo tú y yo.

**Amanda.** Y nuestro amor.

**Armando.** ¡Nuestra pasión!Pero esa vida ya pasó. Nuestro tiempo caducó… Perdón, nuestro tiempo no, mi tiempo. El tuyo no. Tu tiempo sigue vivo.

**Amanda.** Mi tiempo no existe sin el tuyo, Armando.

**Armando.** Te voy a responder ahora la pregunta que me hiciste a tu llegada.

**Amanda.** ¿Cuál?

**Armando.** Qué hago cuando sales de casa. ¿Sabes qué hago cuando tú no estás?

**Amanda.** No lo tienes que decir.

**Armando.** Sí, lo tienes que escuchar.

**Amanda.** Armando, no seas cruel. (*Se tapa los oídos*.) No te voy a escuchar.

**Armando.** (*Alzando la voz*.)Dejo de existir. Me esfumo, me desaparezco, me disuelvo en el aire. Cuando tú no estás, no existo.

**Amanda.** (*Desesperada*.) ¡Cállate! ¡¡Cállate!! Yo no estoy loca. Tú estás aquí. Yo puedo verte, olerte, oírte, tocarte… (*Va hasta él y lo besa apasionadamente*.) ¿Lo ves? Yo no soy una loca.

*Armando se acerca a la mesita donde aún está el vaso con agua que Amanda pusiera ahí a su llegada. Se le queda viendo y lo señala.*

**Armando.** Hazlo.

**Amanda.** No.

**Armando.** Hazlo, te digo.

**Amanda.** No lo voy a hacer.

**Armando.** Entonces lo haré yo.

*Comienza a acercarse a la mesa con su lento andar y extiende la mano hacia el vaso, pero Amanda corre como loca desde donde está, agarra el vaso y se aleja. Armando intenta marcharse, derrotado, pero no es algo que Amanda vaya a permitir.*

**Amanda.** Ya mismo empiezan las noticias. ¿Qué canal te pongo?

**Armando.** Ninguno. No quiero ver noticias.

**Amanda.** ¿Música entonces? ¿Bailamos?

*Armando no responde. Se queda inmóvil, pero ella va hasta él, lo abraza y lo hace bailar con ella hasta que termina la canción. El final del mismo tema propuesto al principio. Cuando acaba la canción, Amanda apaga la radio mientras Armando va a sentarse en su lado del sofá. Amanda toma el control y prende la tele nuevamente. Se escucha el tema de inicio de un conocido noticiero y por las mismas empiezan a dar las noticias. Amanda se sienta junto a Armando y como si nada hubiese sucedido, le comienza a hablar elevando la voz por encima del sonido de la tele.*

**Amanda.** Te cuento que hay unos escándalos políticos deliciosos. Parecen de telenovela. Bueno, ya sabes, ahora que aún se escuchan los ecos de las elecciones y con las cosas que han pasado, todos están contra todos. Bueno, eso no es novedad. ¿Quién dice que hacen falta elecciones para que en este país todos se pongan contra todos? Por eso es que no progresamos como otros países, Ah, hablando de otros países. Te cuento que algunos países de Europa ya han iniciado toda una revolución en la educación y a nosotros también nos empieza llegar. Ahora los niños ya no tienen que hacer tantos deberes…

*El tema de la obra sustituye el audio con las noticias y sonido sube a primer plano apagando las palabras de Amanda que no para de hablar, mientras la iluminación se va esfumando lentamente hasta un total…*

**Apagón.**

**Y la verdad os hará libres**

Personajes: **Abraham y su Captor, que puede estar en escena físicamente o puede ser sólo una voz en off.**

*Cámara negra, vacía de decorados. Al centro una silla de oficina con ruedas y brazos a la cual está atada un hombre con los ojos vendados. Un par de cables de electricidad llegan desde algún punto hasta las plantas de sus pies descalzos. También hay cables conectados a dos dedos de su mano derecha y a su pecho y abdomen. Comienza a despertar.*

**Abraham.** Hola… ¡Hola! ¿Hay alguien ahí? ¡¡Hola!!

**Captor.** HOLA ABRAHAM. ¿TIENES IDEA DE DÓNDE ESTÁS?

**Abraham.** No. ¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy atado y vendado? ¿Quién es usted?

**Captor.** TODAS TUS PREGUNTAS SERÁN RESPONDIDAS A SU DEBIDO TIEMPO. ANTES DEBERÁS RESPONDER LAS NUESTRAS.

**Abraham.** No. Primero dígame qué es lo que está pasando.

*Las luces parpadean por un segundo al tiempo que se oye un sonido de corto circuito, seguido de un fuerte grito de Abraham.*

**Abraham.** Por Dios, ¿qué fue eso?

**Captor.** TE ENCUENTRAS ATADO A UNOS ELECTRODOS, ABRAHAM.

**Abraham.** ¿Electrodos? ¿Ese corrientazo fue intencional?

**Captor.** Recibirás una descarga cada vez que incumplas con las instrucciones que te estamos dando, o cuando tus respuestas no sean satisfactorias. ¿Comprendes?

**Abraham.** No. No entiendo nada… ¿Por qué…?

*Antes de terminar la pregunta se vuelve a producir el mismo efecto anterior y un grito aún más fuerte del personaje.*

**Captor.** Parece que aún no te queda claro. Cada vez que te niegues a hacer o decir algo que te pidamos, o cada vez que cuestiones algo, recibirás una descarga. Nosotros hacemos las preguntas. Nosotros ponemos las reglas.

**Abraham.** ¿Nosotros? Pero, ¿quiénes? ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué me tienen aquí? ¿Dónde estoy? ¿Qué hice? ¿Por qué me hacen esto?

*Nuevamente la descarga seguida por el grito.*

**Captor.** No estás entendiendo las reglas, Abraham, y eso nos da mucha pena. Sabemos que tienes muchas preguntas, Pero para obtener tus respuestas, primero debes responder a las nuestras. Es muy simple. Si vuelves a cuestionar, tendrás otra descarga de corriente. ¿Lo comprendes?

*Abraham no responde. La descarga se vuelve a repetir seguida de un grito.*

**Captor.** Ah, olvidé decir QUE Tenemos poco tiempo. Hablamos alto y claro. También recibirás una descarga si nos obligas a repetir preguntas. Por última vez, ¿comprendes?

*Abraham asiente con la cabeza e inmediatamente se produce una descarga acompañada de un grito.*

**Abraham.** Pero, ¿por qué? Acabo de responder su pregunta. Dije sí.

**Captor.** No debes asentir o negar con la cabeza, debemos escuchar tu voz diciendo sí o no. debes saber que Estás siendo grabado.

**Abraham.** ¿Grabado?

**Captor.** En audio y en video. Ah, sí, casi lo olvidaba. Estamos transmitiendo en vivo por internet. Y créenos, la audiencia crece y crece, no sabes cuánto.

**Abraham.** No puede ser. Esto no me puede estar pasando…

**Captor.** La negación es un mecanismo de defensa, Abraham, que consiste en enfrentarse a los conflictos negando su existencia o su relación con el sujeto, ¿sabías? Deberías saberlo. Como deberías saber que mientras más rápido avancemos con esto, más pronto acabará para ti y para todos. ¿PODEMOS CONTINUAR?

*Abraham primero asiente con la cabeza, pero inmediatamente dice “Sí.”*

**Abraham.** Sí, sí. Acabemos ya con esto.

**Captor.** muy inteligente de tu parte.

**Abraham.** Ustedes parecen conocerme muy bien.

**Captor.** No tan bien cuando tenemos tanto que preguntarte.

**Abraham.** ¿Al menos saben de mi condición de salud?

**Captor.** La conocemos.

**Abraham.** ¿Saben que puedo morir en cualquier momento, si continúan administrándome corriente?

**Captor.** Lo sabemos. Y tú debes saber que estamos dispuestos a correr el riesgo y que por si acaso, contamos con un equipo de resucitación listo para interveniR, PERO ESTO NO ACABARÁ HASTA QUE OBTENGAMOS TODA LA VERDAD. CUANDO NOS HAYAS DICHO LO QUE NECESITAMOS SABER Y COMPROBEMOS QUE NO MIENTES, TE DEJAREMOS LIBRE. ES ASÍ DE SIMPLE. jUAN, CAPÍTULO 8, VERSÍCULO 32. LO CONOCES, ¿VERDAD?

*Abraham queda perplejo ante esta afirmación. Yergue la cabeza como buscando entereza y se aferra a los brazos de la silla haciendo acopio de fuerzas, seguro de que recibirá otro corrientazo. Masculla algo entre dientes para sí mismo. Parecería que está orando, pero tal cosa no se podría afirmar. Bien podría estar hablando consigo mismo. Un nuevo corrientazo lo saca de ese estado. Esta vez ha sido más fuerte que las anteriores.*

**Captor.** Todo cuanto salga de tu boca deberá ser alto y claro, Abraham, perfectamente registrable en audio y video. Comenzamos el interrogatorio.

**Abraham.**¿Qué tal si me niego? ¿Qué tal si decido que prefiero morir electrocutado? ¿Qué tal si ustedes, que dicen conocerme bien, saben de antemano que no abriré la boca?

**Captor.** Esa no es una opción. Será mejor que nos creas cuando te decimos que hablarás, que nos dirás toda la verdad y que sólo entonces podrás ser libre.

**Abraham.** ¿Libre de qué, de quién, de ustedes?

**Captor.** Libre de nosotros y libre del peso que llevas contigo. ¿No ves que te estamos dando una salida? No te estamos pidiendo que nos digas todo por propia voluntad. Te estamos torturando, literalmente. Se supone que eso deba liberarte de la responsabilidad de guardar semejante secreto. Saquémonos las máscaras, Abraham. Sabes perfectamente quiénes somos. Sabes Por qué estás aquí. Sabes bien que sabemos lo que sabes. Nosotros no necesitamos torturarte para sacar de ti lo que sabes, porque también lo sabemos, pero sabes que el mundo no puede conocerlo por boca nuestra, debes ser tú quien se lo diga, para que todos lo crean. Por eso es esta transmisión en vivo.

**Abraham.** El mundo sabrá lo que son ustedes.

**Captor.** Ya lo saben, créenos, pero a partir de hoy nos agradecerán. ¿Tienes idea de cuántos millones están conectados ahora mismo a nuestro canal?

**Abraham.** Eso no es posible. No soy un tonto. Existe el rastreo digital. Esto que están haciendo es ilegal y ya estaría la policía aquí desde hace rato. Lo más que pueden estar haciendo es grabando para luego transmitir desde una locación donde no estemos físicamente, de ese modo, cuando llegue la policía, sólo hallaría una computadora. ¡Mienten! ¡¡Mienten!! ¡¡¡Mienten!!!

*Un corrientazo mucho más fuerte y duradero que los anteriores se produce. Abraham grita y se retuerce de dolor.*

**Abraham.** Es un buen plan, pero tiene una grieta… Una profunda grieta.

*Se produce un silencio incómodo en el que ni Abraham ni su captor hablan. Una sonrisa de triunfo se refleja en el rostro de Abraham.*

**Abraham.**Si digo bajo tortura lo que ustedes quieren escuchar, siempre quedará la duda de si estoy diciendo la verdad o si sólo digo lo que quieren oír para escapar de la tortura.

**Captor.**¿Desde cuándo eso ha sido un problema para las audiencias fanáticas? La inquisición torturó durante siglos y la gente creyó en los resultados de esa tortura. Se agrupaban alrededor de la hoguera al grito de ¡quemen AL Hereje!

**Abraham.**Eso fue hace siglos. La Edad Media ya se desvaneció en su propia oscuridad desde el Renacimiento.

**Captor.**¿Del Renacimiento hablas? ¿Necesito recordarte a Maquiavelo y su famosa frase de “el fin justifica los medios”? ¿Necesito recordarte que la inquisición existió hasta el siglo 19? ¿Necesito recordarte Guantánamo? La tortura ha existido, existe y existirá mientras exista un ser humano con poder y otro que posea algo que este quiere. La misma multitud que se agolpaba alrededor de la hoguera ardiente se agolpa ahora mismo frente a sus computadoras para ver cómo va a acabar esto. (*Nuevamente el efecto del corrientazo y los gritos de Abraham*.) ¿Tienes idea de cuánta gente se suma cada vez que accionamos los electrodos? ESA PROFUNDA GRIETA DE LA QUE HABLAS NO ESTÁ EN NOSOTROS, ABRAHAM, ESTÁ EN ELLOS. (*Abraham baja la cabeza como derrotado.*) Hay algo más. No sólo tienes conectados electrodos que descargan corriente, también estás conectado a un detector de mentiras. Si mientes en tus respuestas lo sabremos y la gente que nos ve también lo sabrá. Perderás toda credibilidad si lo haces. No tienes salida, Abraham. Llegó la hora de la verdad y con ella tu libertad, que será la libertad de todos. ¿Estás listo? (*Abraham no responde. Su cabeza sólo cuelga de su cuello. Un nuevo corrientazo lo obliga a reaccionar.*) ¿listo?

**Abraham**. Acabemos con esto.

**Captor**. Algunas preguntas de control para probar el polígrafo. Sólo responde sí o no, y recuerda, alto y claro. ¿Te llamas Abraham?

**Abraham**. Sí.

**Captor**. ¿Tu sexo es femenino?

**Abraham**. No.

 **Captor.** ¿Sabes dónde te encuentras?

**Abraham.** No.

**Captor.** ¿Sabes quiénes somos?

**Abraham.** Sí.

**Captor.** ¿Sabes que queremos?

**Abraham.** Sí.

**Captor.** Muy bien. Ya la máquina queda calibrada. Comienza el interrogatorio. ¿juras decir la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad?

*Abraham respira profundamente y yergue la cabeza. Aprieta fuertemente con sus manos los brazos de la silla. Se queda callado. La iluminación comienza a descende. Una vez en casi oscuro total se escucha nuevamente el ruido característico del corrientazo que hasta ahora hemos estado escuchando, seguido de otro grito de Abraham.*

**Apagón.**

**Para la producción de cualquiera de estas obras, por favor, tenga a bien contactar con el autor, que gustoso le autorizará.**